

LA COMUNIDAD POLÍTICA, UN IDEAL NECESARIO

Lección inaugural Apertura Curso 2023/2024 del Centro Asociado a la UNED de Palencia

José Luis Muñoz de Baena Simón

Voy a hablar de la comunidad política como fin, como deseo. Y lo voy a hacer sin pretensión de resultar agradable ni tranquilizador, porque aquello de lo que trataré es muy inquietante. Como el papel de un teórico es entender para transmitir, y el estado actual de la comunidad política es inquietante, transmitiré inquietud y desazón. Me propongo denunciar una serie de manipulaciones interesadas con respecto a las cuales entiendo que no se puede ser neutral, ya que generan confusión deliberadamente.

No he venido aquí a mentir ni a ser cínico. Si tuviese que contestar a la pregunta sobre dónde hay una comunidad política, diría, con cruel sinceridad, que en ninguna parte, igual que en parte alguna ha habido jamás democracia. Ningún Estado actual se organiza sobre la base de una comunidad política, porque ésta presupone una cierta coincidencia de fines y valores sobre la base de una idea del bien común. Hoy, en nuestro continente, no hay comunidades: hay sociedades, que se organizan sobre la base de intereses. La gente suele votar defendiendo sus intereses. Porque la comunidad política es un ideal, que ni siquiera es deseable en el límite, pues va acompañada de una conciencia del todo muy fuerte y una comunidad pura ahogaría toda disidencia; pensemos en las comunidades realmente existentes, las infraestatales, por ejemplo las indígenas, que se perciben a sí mismas como un todo cohesionado pero al precio de reprimir la disidencia. Esto es una triste evidencia: no se puede tener todo. La neurosis y la angustia de la

disgregación acechan por un lado, la represión de la diferencia por el opuesto. Cuanto más sentido conjunto existe en un grupo humano, más difícil es la singularidad: en una comunidad tradicional, es muy difícil ser homosexual o pensar de modo radicalmente diferente. De modo que no cabe lamentar que nuestras sociedades occidentales no sean comunidades, en sentido estricto. De hecho, ya la existencia de una sociedad política sería algo meritorio en estos tiempos de comunicación unidireccional y sesgos de confirmación.

En nuestros días el problema es precisamente el opuesto: desde hace decenios, a causa del avance del individualismo característico del mundo capitalista, el modelo social resultante se ha vuelto cada vez más disgregador. Aclaro que es un problema común a casi todas las ideologías: de hecho, tanto en la derecha como en la sedicente izquierda existen visiones disgregadoras de lo político. El capitalismo, en su forma actual, es compatible con visiones aparentemente muy diferentes del sentido de la vida humana, pero acaba dejando en todas la misma impronta: las hace cada vez más insolidarias, como veremos. El capitalismo es incompatible con cualquier visión, por moderada que sea, de la comunidad política. En su uniformización de la vida social bajo el patrón abstracto del dinero, el capitalismo inventa una neolengua similar a la de *1984*, que sirve de vehículo a una seudoopinión pública que lo procesa todo con los esquemas proporcionados por el poder económico, ya en la versión neoliberal, ya en la neosocialdemócrata; ambas, como nos recuerda Nancy Fraser, aparecen cada vez más como diferentes modulaciones de lo mismo. Veamos varios ejemplos de neolengua:

-La expresión *política* se asocia a sectarismo y *hacer política* equivale a envenenar con ideología, de modo que se supone que el sentido de la tarea de gobernar es aplicar recetas técnicas, como si los problemas sólo tuviesen una solución posible. Resulta insólito que, siendo la política algo esencial a las personas en su vida en sociedad (ya

Aristóteles definió al ser humano como *zoon politikón*), se haga abstracción de este fundamento de la vida humana en común.

-En consonancia con lo anterior, la *ideología* se considera manipuladora, como si ocultase siempre intereses sospechosos frente a la neutralidad del discurso tecnocrático. Al hacerlo, se oculta de modo deliberado que quienes la denuestan desde el poder tecnocrático y gerencial no estuviesen fuertemente ideologizados (el control del déficit a costa de los gastos sociales es una posición ideológica).

-El *radicalismo* se asocia a un modo de enloquecimiento extremista, cuando no terrorista, pese a que radicalismo significa ir a la raíz; en el extremo de la manipulación, se llega a sostener que los hinchas deportivos son radicales, cuando se trata de todo lo contrario, porque están enfangados en lo que llamaba Freud *el narcisismo de las pequeñas diferencias*.

-En correspondencia, la *moderación* se utiliza para defender que existe una única política económica posible; cuando se trata, realmente, de una renuncia –ideológica- a cuestionar las bases de lo dado.

-La *gestión* lo invade todo (ya hay que gestionar hasta los sentimientos), ocupando el lugar donde antes estaba la política, hasta el punto de que se habla de gestionar una crisis internacional. Se podrá gestionar el tránsito de ayuda, la provisión de asistencia sanitaria o de infraestructuras a una zona en conflicto. Pero ¿en qué cabeza cabe que se intente resolver un conflicto a través de la gestión, cuando es una de las tareas más políticas que sea posible imaginar?

-La *deslocalización*, otro término tramposamente neutral, es aceptada como una ventaja del mercado mundial y no como lo que es, una práctica que, además de aceptar la neoesclavitud en el tercer mundo, reduce cada vez más los salarios (convertidos en “costes laborales”).

Resumiendo, carecemos tanto de comunidad como de política. El modelo neoliberal defiende, con su dominio mediático, una

neutralización de lo político y de lo social que hace imposibles fines comunes. Cabe preguntarse si al menos es posible una *sociedad política* o, en sentido menos fuerte y como dicen los anglosajones, una *sociedad civil*, aludiendo a la trama de asociaciones que está por debajo del Estado. Pero si tomamos el liberalismo en su versión actual, ni siquiera cabe eso. En una memorable frase, Thatcher lo dejó bien claro, al afirmar que no hay tal cosa como la sociedad, que sólo existen las personas y las familias. Para los neoliberales más duros, por tanto, no es que no exista ni deba existir una comunidad, sino que ni siquiera hay sociedad. Y, si no existen valores compartidos, tampoco la justicia social, que es, según el pope neoliberal Hayek, un espejismo. El neoliberalismo, en su abstracción del mundo político, en su reducción a una tecnicidad tramposa y falsamente neutral, reduce a los seres humanos a haces de derechos y deberes abstractos, cuya existencia real queda cuidadosamente obviada.

Si no hay fines ni bienes comunes, el mundo se convierte en el escenario de un mercado sin más reglas que las propias y la sociedad, en una agrupación de sujetos a la que nada cruza. *La suma de todos*, decía un conocido lema. Cuanto menos sitio quede para lo común, mejor será la situación. Un decidido partidario del *Estado mínimo*, Robert Nozick, escribió: "La redistribución de la riqueza a través de impuestos es injusta, ya que viola los derechos de propiedad". Y el mundo actual parece haber hecho caso al fundamentalista del mercado Nozick: la riqueza cada vez se concentra en menos manos. Según datos de Naciones Unidas, el 10% más rico de la población mundial acapara el 52% de la renta, mientras que la mitad más pobre se queda con el 6'5% de dicha renta. Asimismo -cito literalmente-, "...214 millones de trabajadores viven en la pobreza extrema -con menos de 1,90 dólares al día- y el número de trabajadores pobres está aumentando en los países en desarrollo". Todo esto mientras en el mundo hay más riqueza que nunca. La pregunta es inevitable: ¿dónde

va a parar? La deslocalización consigue que millones de personas en semiesclavitud, entre ellas muchas menores de edad, se hacinen en talleres textiles de Brasil, India, Pakistán, Bangla Desh, Marruecos, China, Indonesia o Nepal, carentes de derechos laborales y de ventilación adecuada, azotadas por las enfermedades profesionales, ganando dos o tres dólares diarios por jornadas de hasta quince horas y, en ocasiones, siete días a la semana. Si sumamos los precios de venta en tienda de los artículos fabricados por las personas que trabajan en esos talleres textiles o de calzado, podemos encontrarnos con que crean valor por varios miles de euros cada mes a cambio de los, pongamos, cien euros que ganan en ese tiempo (no llamen a esto *plusvalía*, por favor: es un concepto ideológico, politizado y nada neutral, que además fue puesto en circulación en el XIX). Los empresarios que explotan a estas personas se encuentran entre los más ricos del mundo; seguro que se les ocurre un ejemplo o dos. Quizá nuestra actitud ante todo esto deberíamos hacérsola mirar como sociedad (pero no, no es posible, conviene no olvidar que la sociedad no existe). Por cierto, muchas de estas empresas argumentan que no consiguen controlar las condiciones de trabajo impuestas por quienes subcontratan con ellas debido al carácter autoritario o dictatorial de los Estados donde trabajan sus empleados. Resulta fascinante en estos campeones de la libertad que lo dictatorial no les horrorice lo suficiente como para deslocalizar en otros lugares o, simplemente, no hacerlo. Y es que cuando Hayek, el pope del neoliberalismo, manifestó sus preferencias por el autoritarismo político como marco para la economía de mercado, estaba haciéndole a su *ideología de la no ideología* un retrato al minuto.

En suma, cierta neolengua propia del lenguaje gerencial, neutralizador, supuestamente objetivo, no hace sino justificar, bajo su supuesta pretensión liberadora, un estado de cosas que ha reducido a la

semiesclavitud neocolonial a una buena parte del mundo. Demasiada gente vive en la miseria rodeada de haces de derechos y deberes.

No pensemos que en el otro lado las cosas son diferentes. La sustitución de la lucha de clases por las luchas culturales, de la redistribución por el reconocimiento, ha llevado a cierta izquierda, defensora de una lectura cuestionable de Gramsci, a perderse en un laberinto de las identidades autopercebidas o simplemente atribuidas, fragmentando insoportablemente la lucha en luchas: *liberación animal*, *antiespecismo*, *autodeterminación del sexo*, *indigenismo*, *multiculturalismo*, *wokismo*, *derechos de la madre tierra*... El hecho de que la mayoría de los ciudadanos ganen poco más de mil euros no parece importar ante conquistas como los espacios *queer-friendly*, de modo que se puede explotar por igual a ellos, ellas y ellos, sin discriminación alguna. Unides todes en lo que realmente importa, que es mirar hacia otro lado. Gano mil trescientos euros, pero puedo cambiar de sexo sólo con acercarme al Registro Civil. El progreso de la Humanidad es imparable, aunque la clase trabajadora no esté ni tampoco se la espere. Es normal, recordemos que ahora somos todos de clase media... Lo resumiré en pocas palabras: la neoizquierda, tras su renuncia a cambiar el sistema, se dedica a decorarlo. Más o menos lo mismo que el neoliberalismo, a cuyo servicio está, aunque desde luego con menos justificación. Porque han pasado de la lucha por la igualdad al paroxismo de la diferencia. Y esto ha condenado a la teoría de la justicia. Los neoliberales, al menos, aceptan que el eje de la justicia es el del reparto de los bienes, el de la justicia distributiva, aunque ellos la nieguen; los postmodernos sustituyen la redistribución por el reconocimiento. Por cierto que esto ha producido, en las formas más extremas del indigenismo, una aspiración a mantener comunidades prístinas, a modo de arcadias felices, en las cuales la justicia es la del cacique. Como antes dije, la comunidad es tan necesaria como aspiración como arriesgada cuando se exacerba.

¿Queda sitio para la aspiración a una comunidad política formada por ciudadanos comprometidos con lo común, con virtudes cívicas dentro de sus diferencias e imbuida de un sentido universalista? ¿Podemos aún mantener ese ideal de origen cristiano (el pueblo, en Suárez, es el *corpus mysticum*; *katholikós* significa *universal*) en un mundo laico, mantener esa utopía a la que nunca llegaremos, pero de la que nos apartamos cada día más? No lo creo. Los neoliberales no aceptan que exista un bien común, los neoizquierdistas postmodernos tampoco. A los primeros les parece que todo bien es individual; los segundos consideran que ese concepto tiene un tufo escolástico y que es imposible de cohonestar con lo político, que es el ámbito de lo fragmentario. A unos los pierde su obsesión por mantener la desigualdad, a los otros su fijación en las particularidades.

Para ir terminando, pongamos un ejemplo: una célebre política, hoy jubilada, afirmó hace años que el hecho de que se quisiera controlar la contaminación generada por la entrada diaria de ochocientos mil coches en la capital no defendía la salud de sus habitantes; que lo que los beneficiaba realmente era utilizar el vehículo privado cuando y como quisiesen. La frase es como un trasunto de la célebre afirmación de Thatcher sobre la inexistencia de la sociedad: ochocientas mil personas defendiendo sus intereses y una contaminación inimaginable que, sin embargo, no perjudica a la salud, porque la salud está en la libertad de hacer lo que se desee. Ese concepto de salud es delirante, y además no existe en la Constitución un derecho a contaminar. Pero si analizamos esta frase, no desde la perspectiva del derecho subjetivo abstracto sino desde la del bien común, veremos que éste es posible, que la reducción de las emisiones contaminantes beneficia realmente a todos, a los que contaminan y a quienes no lo hacen. Es un bien y, como tal, debe ser perseguido por el Estado si los particulares se empeñan en expandir ilimitadamente sus intereses.

Es sólo un ejemplo, pero creo que muestra la posibilidad de un bien común. El problema es que el individualismo desaforado sólo es capaz de buscar el bien individual. Si existiese una comunidad política, si el conjunto de los ciudadanos actuasen siguiendo como teleología el bien común, existiría una auténtica política y la sociedad no sería una simple suma de agregados. Recuérdese que hablo de una comunidad política, no de una comunidad en general, porque no pretendo invocar una Arcadia perdida que nunca existió. Al actuar por el bien común, los ciudadanos actúan virtuosamente. Esto ocurrió realmente durante los atentados de 2004 en Madrid, pero por desgracia sólo nos sentimos comunidad cuando nos amenaza un gran peligro. Si queremos aproximarnos a ese ideal nunca alcanzable plenamente, deberemos aprender a ver a los otros, frente a lo que decía Thatcher: "la gente debe cuidar de sí misma". Si no nos hemos extinguido como especie, es porque aprendimos a cuidarnos unos a otros.

En fin, con esto acabo: desterrar la falsa neutralidad, dejar de reducir la política a gestión, recuperar lo común y el ideal de justicia social, no temer al radicalismo, son jalones de ese camino. No lo conseguiremos sin desenmascarar las trampas del neolenguaje capitalista, que acaban llevándonos a escindirnos y desconfiar unos de otros cada vez más. Trampas que he querido mostrar hoy aquí, por si pudieran ser de interés para alguien.